

ACADEMIA DE MÉRIDA.

DISCURSO DE INCORPORACIÓN.

Rafael Cartay. Marzo 2023.

Buenos días, señores y señoras, directivos y miembros de la honorable Academia de Mérida.

Gracias por concederme el honor de pertenecer a esta honorable corporación.

La vida está formada por una colección desordenada de impresiones fragmentarias que a veces uno recuerda de manera consciente, o que, en otras ocasiones, quedan relegadas al olvido. Hasta un momento en que, de una manera imprevista e inconsciente, la memoria se dispara, y trae esos recuerdos de vuelta. Aquello que había sido aparentemente olvidado, pero que estaba almacenado cubierto por una envoltura emotiva, surge con una vigorosa lucidez, tan vivo como si estuviera ocurriendo en ese instante. No obstante, con frecuencia la memoria es pícara y hace trampa: tergiversa lo recordado, le agrega hechos, los mutila, los recompone y reordena de una manera arbitraria. Y no podemos hacer nada para contrariarla, porque eso es lo que hay en nuestro recuerdo.

Así sucede con esa clase de memoria que ahora me ocupa: un tipo especial de memoria a largo plazo que se presenta en un modelo mental que el psicólogo estadounidense Erving Goffman llamó, en la década de 1970, *the frame*, o el encuadre, en español. Como si fuera un portarretratos, pero enmarca una práctica social en vez de un rostro. El encuadre es un modelo de interpretación de los hechos que permite que las personas perciban, clasifiquen, seleccionen e interpreten un suceso o una situación del entorno. Pero lo hacen de acuerdo con sus maneras de pensar y actuar en el mundo. Es decir, de acuerdo con su cultura. Ese marco de acción determina sus creencias y comportamientos, y su manera de insertarse en el mundo.

Esa condición definida por la aplicación del encuadre cultural se manifiesta de muchas maneras. Una de ella es la de ver el mundo a través del lente de la gastronomía. Es decir, imaginar el mundo por lo que se come y la manera de comerlo. El antropólogo estructuralista Claude Lévi-Strauss afirmó que el alimento es bueno para comer, pero también para pensar. El alimento juega, así, un triple función: apto para nutrir el cuerpo, curarlo y simbolizarlo, atribuyendo un significado a todo lo que hacemos. De allí la enorme potencia del alimento, y de la alimentación, como una forma idónea de representarse el mundo, y de vivirlo.

De esta manera la memoria gastronómica actúa como un vehículo que permite viajar en el tiempo. Recreando el pasado a través de las conexiones creadas por las impresiones sensoriales ligadas a la comida que tuvimos durante la infancia y la adolescencia. Esas improntas se inscribieron en nuestra memoria a largo plazo. La psicología lo llama el efecto *priming*, es decir, la facultad de generar memorias de modo involuntario e inconsciente, interconectadas con contenidos percibidos anteriormente. En este caso, estamos hablando de memorias gustativas.

Aplicando esos conceptos a mi vida personal y a lo que me dedico, pienso, con frecuencia, que tengo varias memorias gastronómicas.

La memoria gastronómica es una memoria a largo plazo que funciona de una manera inconsciente. Actúa como un vehículo o cápsula que nos conecta con el pasado, un tiempo que ya no existe. Al probar un determinado tipo de alimento, que ha sido almacenado junto con una emoción relevante, la memoria se activa, y la persona que recuerda es trasladada, de una manera involuntaria, a la infancia o a los inicios de la formación de su gusto alimentario. Para que funcione esa memoria, relacionada con la tradición y con un territorio determinado, elementos que alimentan la identidad cultural, se necesita que la impresión o impronta que produce ese efecto, esté estrechamente conectada en el origen con un sentimiento de emoción vivido intensamente por la persona que recuerda. La memoria de la que hablo ocurre dentro del marco de una sociedad y de una cultura. Y más claramente: la memoria gastronómica está estrechamente ligada a un grupo cultural, a un tiempo, a un territorio y a una ocasión emotiva.

Por eso pienso que, al menos, en mis primeros veinte años, construí tres memorias gastronómicas. Las dos más importantes se forjaron en Barinas y Mérida. La tercera, más breve, pero no menos intensa, corresponde a un período intermedio entre las dos primeras memorias, y sirve como elemento vinculante. Esta tercera memoria corresponde más bien a una memoria transicional, que, aunque corta en el tiempo, me preparó emocionalmente para adaptarme a un fuerte cambio de ámbito, paisaje, sociedad y hábitos culinarios.

Mi primera memoria gastronómica se desarrolló en mi ciudad natal, la ciudad de Barinas, una ciudad llanera ubicada en los altos llanos occidentales del país. Esa memoria da cuenta de mis primeros dieciséis años bajo el cuidado de mis padres, mis tías y la influencia de mis amigos y de otras personas allegadas a mi familia. En esa larga etapa, que cubrió mi infancia y el inicio de mi adolescencia, y de la cual no me he separado nunca, se formó la estructura básica inicial de mi gusto y de mi dieta alimentaria. La palabra dieta tiene un origen grecolatino, *diaita*, que significa régimen o modo de vida y, en un sentido más amplio, autogobierno.

Mi segunda memoria gastronómica comenzó a gestarse a partir de 1957, con mi llegada a Mérida, una bella ciudad andina, tan distinta a la mía, para continuar mis estudios de secundaria. Ese año mis padres me enviaron, junto con mi hermano mayor, a culminar el ciclo de la educación media en Mérida. En Barinas solo se podía cursar hasta el tercer año. Para la mayoría de los jóvenes barineses era el final de su educación formal. No obstante, las familias que podían enviaban a sus hijos a continuar sus estudios de bachillerato en las ciudades de Barquisimeto, Valencia, Caracas o Mérida. Así mi hermano y yo llegamos a Mérida, bajo el cuidado del Dr. Eulogio Angulo Gómez, el "tío Yoyo", una de las personas más importantes en mi vida.

Entre la primera memoria barinesa y la tercera memoria merideña, transcurrió una memoria transicional, que dejó una impronta perdurable en mi vida, preparándome para la vida andina y para la segunda etapa de mi adolescencia.

Esa memoria gastronómica intermedia se formó en Barinitas, una pequeña ciudad del piedemonte llanero andino. En ese punto geográfico, el paisaje se despidió de la tierra plana de la inmensidad del llano para adentrarse en el relieve montañoso de los Andes,

como si se abriera una ventana en el aire. Un marco para otro paisaje y otra gente. Allí, en la casa de mis primos Mendoza Angulo, me quedé estacionado en mis recuerdos juveniles. Como si se hubieran congelado mis gustos, y escindido mi origen, para contribuir a convertirme en una persona demediada, partida en dos o en tres partes mi identidad. No hay factor que explique esa poderosa influencia recibida, a menos que uno recurra a la hermosura de los vales andinos, al frescor de la brisa mañanera que baja de la sierra, como dice la canción "Mujer bariniteña", o al afecto familiar y la fraternidad de los amigos. Las noches de serenata, las muchachas bonitas y la afición por la música me encantaron. Aún recuerdo, quizás con imágenes alteradas por el tiempo, las grandes y delgadas arepas que hacía la Niña Cora, de largas y negras trenzas. Los viajes en alegres grupos familiares al serpenteante río. La frescura de las aguas cristalinas de los pozos del Raícero o de Parangulita o de Don Chon. Las largas caminatas abriéndonos paso entre la espesura de los cafetales en flor, sorteando las piedras resbalosas. El baño en las suaves aguas frías, tan distintas a las de los ríos llaneros, más caudalosos. La preparación en grupo del currunchete o curruchete, un dulce caliente que llevaba papelón, huevos batidos, pan duro, queso blanco y ron. Andrés Eloy Blanco, el poeta de Venezuela, en Las Uvas del Tiempo, señaló que en el patio de su casa cumanesa había un parral. Debajo de ese parral, había un estanque, y que un baño en ese estanque sabía a Grecia. Bueno, a mí, esos paseos bariniteños al río me sabían a gloria.

La memoria merideña, aunque breve, solo tres años, fue la más intensa y perdurable. Fue mi primera estancia merideña. Después, ya adulto, se formó otra memoria, más intelectual que la primera.

Mi tío Yoyo nos ubicó en la casa de una familia, a la que aún recuerdo con gratitud y cariño. Allí también vivió años después mi hermana Belkis. La casa quedaba en la avenida 2, al lado de la plaza de El Llano. Comíamos, casi al lado, en la casa de la señora Juanita, una señora de suaves modales, siempre sonriente y excelente cocinera. En ese tiempo muchas casas de Mérida, de familias laboriosas y modestas, funcionaban como pensiones, que ofrecían alojamiento, comida y lavado de ropa a los estudiantes.

Estudí en el Liceo Libertador. Un vetusto edificio con un gran patio central. Allí fui un estudiante de notas regulares y escasa aplicación, porque me distraía mucho.

Nunca había conocido tal exceso de libertad fuera del control directo de mis padres, por lo que ese tiempo fue muy fructífero en mi formación mundana: aprendí a jugar billar en los billares de la avenida 2 y en el bar del Capi, contiguo a la Plaza Bolívar. Me embriagué por primera vez en mi vida con un anís barato en la plaza de El Espejo. Me enamoré perdidamente de una hermosa muchacha que vivía en una casa frente a la plaza de Milla, que estudiaba también en el Liceo, y que ahora debe ser abuela. Después de clase, yo la acompañaba a pie hasta su casa, y luego me devolvía a la plaza El Llano para almorzar en la pensión. Era una larga y ardua caminata diaria que solo podía ser motivada por un amor ferviente y casi de novela. Era un amor desinteresado y tan secreto, que nunca tuve el valor de declararle mi enamoramiento a la elegida.

En esa época también me inicié en la política. Guardo vivamente dos recuerdos. El primero, sin imaginarme el riesgo que corría, distribuí propaganda clandestina en el liceo y en las protestas callejeras contra el dictador Marcos Pérez Jiménez en diciembre de 1957 y en los inicios de 1958. Sabía muy poco sobre el asunto, acompañando a mi

compañero de pensión, Tito González Heredia, que era un líder nato. Tito vivía en Barinas, frente a mi casa, y estudiaba también en Mérida. Años más tarde lo reencontré en la UCV, y estudiamos juntos Economía. Un día, Tito, miembro de la guerrilla urbana, murió emboscado en las calles de Caracas. El segundo recuerdo fue el inicio de mi amistad con Domingo Alberto Rangel (DAR, como le decían los amigos, y jurungamuerto los que lo odiaban). Era una relación muy desigual, en la que yo era el pequeño alumno admirador del maestro, y así siguió siendo hasta su muerte. En 1958 lo conocí dando un mitin en el Teatro César Rengifo de la ULA, y me deslumbró su clara inteligencia y su verbo encendido. Era un joven towareño, impetuoso, sabio y de un discurso incendiario. Por consejos de él me hice economista. Una profesión de la que me alejé tiempo después, para hacerme historiador de las mentalidades y de la alimentación. Lo que ahora intento ser. Gracias a sus diligencias salió uno de mis primeros libros: Historia Económica de Venezuela, 1830-1900, con la Editorial Vadell.

La Mérida de mi juventud era una ciudad con dos caras, como si estuviera demediada entre dos pasiones: una ciudad con vocación clerical, con muchas iglesias y un gran seminario. A la vez, era una ciudad inquieta, libre pensadora, que llevaba una universidad por dentro, como dicen que dijo Mariano Picón Salas.

La ciudad de mi adolescencia iba desde la Vuelta de Lola, donde vendían “pastelitos calientes pa los viejos que no tienen dientes”, como cantaba León Alfonso Pino, dulces brillantados y confites, hasta el Estadio Guillermo Soto Rosa, donde se jugaba fútbol todos los domingos, se vendían arepas y empanadas y empezaban los cañaverales. Antes estuvo allí el monumento de La India, conocido como la Aguadora, hasta que la escultura fue removida en aras de una discutible modernidad.

Mérida era una hermosa ciudad emparentada con la placidez del alma. Pequeña en extensión, caminable, de topografía alargada y estrecha, que se lucía con sus numerosas plazas. Escribiendo este discurso he caído en cuenta de que mi vida merideña transcurrió siempre entre plazas. Plazas arboladas, con altos árboles añosos de los que colgaban largas barbas, ligeras, parásitas y casi mustias que le daban un aspecto fantasmal. Había también iglesias por doquier, que eran para mí un oasis donde me refugiaba para dar sosiego a mi alma atribulada por las malas notas, mis miedos y las ingratitudes del amor que angustiaban a aquel ser tímido y muy indeciso que era yo, apenas naciendo a la vida pública. En la ciudad había también muchos bares, un gran bar especial que ocupaba cuatro piedras y más de una cuadra. Panaderías por todas partes y vendedores de arepas y pastelitos para servir a una población estudiantil que andaba siempre contando los pocos cobres que recibía desde todos los rincones del país. Entonces, la mayoría de las familias venezolanas eran muy modestas económicamente. Y los padres de familia hacían un gran esfuerzo para enviar a sus hijos a estudiar en la universidad.

Como casi no funcionaban los autobuses urbanos, uno tenía que recorrer la ciudad a pie de un extremo al otro, con la dificultad agregada de su relieve irregular. Era una ciudad muy larga de unas pocas avenidas empinadas y numerosas calles, de calzadas delgadas y aceras estrechas. Recordaba a los cuadros de los pintores figurativos de principios del siglo XX, obsesionados por la perspectiva.

Había grandes casas sólidas, rectas, hermosas, que pertenecían a los “próceres” merideños, como les decía un amigo mío. Decía “próceres”, en juego. Me aclaró luego que algunos de ellos, como Gabriel Picón González o Tulio Febres Cordero, destacaron por su valentía, su amor a la ciudad, la austeridad de su vida privada, una ética no negociable y un fuerte sentido del compromiso ciudadano y del sacrificio personal. Un compromiso de dignidad civil que nos enseñaron con su ejemplo, que debemos ejercitar para denunciar lo que es inaceptable, como el actual deterioro que amenaza el patrimonio cultural de la Biblioteca Febres Cordero, que contiene gran parte de la memoria histórica de nuestra ciudad y sociedad.

Esa ciudad en la que yo viví se había ido volviendo, poco a poco, en una ciudad de todos, democrática, al ritmo del impulso de una universidad que crecía, se modernizaba y se fue convirtiendo en la fábrica de sueños de muchas generaciones de venezolanos.

Era la “Mamá ULA”, dicho sin ironía, con un profundo agradecimiento. Una mamá que paría venezolanos para el futuro. Como dijo un profesional agradecido, en un libro de memorias de Caterine García y Víctor Plaza. La ULA “recibía y amparaba estudiantes de cualquier región de Venezuela y de todos los estratos sociales”, y les otorgaba títulos profesionales para que sirvieran a un país que, una vez, fue de todos.

Mérida era, entonces, una ciudad tranquila, bucólica, vivible, encantadora. Ninguna otra en el país contaba con una vista panorámica más hermosa que ella. Desde la calle uno veía la sierra de Mérida, con su emblemático pico Bolívar, coronado de nieve. Salvo Caracas, con su imponente cerro del Ávila, podría comparársele.

Me gusta recordar a Mérida. Ahora sonrío pensando en un original transporte escolar que allí vi: era una señora que llevaba y traía de la escuela a los niños, caminando, en fila, ella a la cabeza, por el medio de la calle. Pero vuelvo a aquel joven que fui.

Nadie me llamaba por mi nombre en el Liceo Libertador. Era simplemente el llanero o el barinés, a secas. Quizás era el único liceísta que siempre tenía frío. Me ponía dos pares de medias para tratar de amortiguarlo, infructuosamente, y aprendí a fumar para apenas tolerarlo. Era un estudiante regular, que jugaba de todo, sin destacar en nada. Y menos fútbol, porque era un llanero que se asfixiaba en la montaña.

Llegó el momento de la partida. Tenía casi veinte años. Me fui de Mérida durante un tiempo. Todos crecimos. Cuando volví, muchos años después, aún tenía el cabello rojo, pero se había producido un cambio cualitativo en mi condición humana. Regresé como profesor de la ULA. Había estudiado un largo tiempo en el extranjero, estaba casado, y tenía un hijo caraqueño. Volví a ver a los conocidos de antes y los saludaba con afecto, en especial a mis discípulos en el Liceo. Pero casi nadie me reconocía, a pesar de que yo seguía siendo un tipo inconfundible: flaco, medio feo, de nariz ancha, con la cara alargada como un cuchillo y el pelo rojo. La ciudad había crecido también: había muchos estudiantes venidos de todas partes del país, había muchas discotecas, algunos restaurantes, ventas ambulantes de comida por doquier, varias librerías.

Qué hermosa ciudad era aquella a la que regresaba. Algo, sin embargo, había pasado conmigo: mis amigos eran de afuera, iba a los cumpleaños de las familias de mis amigos de afuera, mis estudiantes eran mayormente de afuera, y participaba de las conversaciones de café con mis amigos de afuera. Lo diré con franqueza: era feliz en

aquella ciudad en la que vivía, pero a la que nunca logré descubrirle su verdadera esencia.

Ahora sé más sobre aquella ciudad, a pesar de que la ha afeado y entristecido la mala política. Mis amigos que aún la viven me cuentan que sigue siendo un espacio fértil para perseguir aquel sentido de vida que soñábamos todos.

Ahora, estando lejos, caí en la cuenta de que Mérida ha sido para mí una suerte de no lugar. Un lugar que poblé solo en la superficie, donde estaba sin estar. Una ciudad a la que estoy atado por unos lazos o hilos casi invisibles, provisionales y frágiles. Otro paisaje es entrevisto a través del paisaje de esa ciudad, envuelta por una bruma liviana. Allí se levanta mi casa. Construida en un paisaje amado. Allí se respira un aire que alimentó mi búsqueda de ser. Y está la gente con la cual compartí esa materia insustancial, pero vital. Descubrí que Mérida ha sido esa madre que ahora tanto añoro. En su regazo quisiera refugiarme antes que se imponga esa inmensa oscuridad de la que no se retorna y que nos espera a todos.

Tuve que ir descifrando poco a poco a esa Mérida en la que he vivido, halando el hilo del recuerdo hasta llegar al ovillo del origen para intentar encontrarme a mí mismo. Como un hilo de Ariadna. Hasta darme cuenta de que en mi primera estadía merideña, aquella de 1957 a 1960, me comporté como uno de esos personajes solitarios y retorcidos que habitaban en las novelas tristes de Herman Hesse.

Los estudiantes que veníamos de afuera comíamos en las pensiones, casas de familia que ofrecía el servicio de alimentación por un módico pago mensual. La comida era casera, sin muchas variaciones y pretensiones, aunque era sabrosa y servida en cantidades abundantes. Rara vez comíamos en la calle, salvo en la parte superior del mercado principal en los días de fiesta. No sobraba la plata ni había muchos restaurantes a precios accesibles consonantes con el modesto presupuesto estudiantil. Después, cuando ya conocía mejor la ciudad, comencé a comer en el Comedor Popular, un comedero democrático situado cerca de la Plaza Bolívar, camino al cementerio, y que recuerda a la *kitchen food* de asistencia social que viene desde la época de la Gran Depresión estadounidense. La comida era balanceada, saludable, y de muy bajo precio, aunque no siempre era muy sabrosa. Pero resolvía. La angustia llegaba los fines de semana cuando no ofrecía servicio al público. A veces, pocas veces, cuando nos llegaba el "giro" enviado por los padres, comíamos en El Bimbo, un restaurante italiano, de precio accesible y buena comida. Y en La Paellera, en la avenida cinco, de Carlos Simó. O en La Bella Capri, en la calle Lazo. O en el Café Sol y Sombra, frente a la Plaza Bolívar. Y en otro restaurante, La Arepera Chipén, de José Fernández, frecuentado por los estudiantes del Colegio San José, de los Jesuitas, que se creían superiores a los del Liceo Libertador. Los del San José, prepotentes y émulos del rebelde sin causa James Dean, salían de su internado los domingos con sus pintas a deslumbrar a las muchachas bonitas que salían de la misa dominguera. Los estudiantes universitarios eran como una clase aparte. Comían en el Comedor de la Universidad, al cual yo no tenía acceso.

De todas maneras, hay que distinguir entre la comida cotidiana y la comida de domingos, festiva y celebratoria. La comida de todos los días era la que comía en las pensiones de Mérida. En el desayuno, avena cocida, arepa, queso rallado y huevo frito. En el almuerzo la infaltable sopa de arvejas o de papas, o la pisca, la carne frita, el pollo en salsa, el

arroz con pollo y otras preparaciones parecidas. Era una comida rutinaria, sabrosa y restauradora. La complementaba con los alimentos que me enviaba mi madre desde Barinas: las empanadas de dulce de topocho de la tía Virginia, las roscas, el pan dulce, las catalinas y los potecitos de leche condensada.

Yo viajaba con una cierta frecuencia a Barinas, a la casa familiar, a la que volvía durante los largos fines de semana y las vacaciones escolares. Allí disfrutaba de una cocina familiar que reproducía la sazón y el afecto de mi madre, que siempre tenía tiempo y alegre disposición para complacer el gusto de sus hijos. Esa forma de cocinar fue heredada por mis hermanas, en especial por Belkis, que mantienen vivo el recuerdo culinario de nuestra madre. En mi casa la Navidad era una inmensa mesa compartida con toda la familia y los amigos de la casa. la familia y los amigos de la infancia. Teníamos dos tipos de hallacas: la hallaca aguada y la hallaca seca. Ésta última se hacía en Barinas para enviar a los familiares que vivían en Europa. Tenía un guiso especial, ciertos ingredientes, una cocción y un sabor diferentes a los de la hallaca aguada llanera, o a la andina.

La reina de la Navidad venezolana ha sido la hallaca desde los inicios del siglo XIX. Un plato tradicional que encerraba una gran carga simbólica y que admitía variaciones, sin perder su esencia. Era constituía la fiesta misma, la representación de la alegría y de la fraternidad como preámbulo al abrazo solidario. Consumida durante cualquier fin de semana en cualquier mes del año, la hallaca se abrió paso entre las celebraciones religiosas, para emparentarse con las misas de aguinaldo, los paseos campestres, las congregaciones en la plaza pública y la visita a los pesebres. Había algunas diferencias entre las hallacas preparadas en las distintas regiones de Venezuela. La hallaca andina, en especial la merideña, maridó su guiso con el tinto generoso gracias a la inmigración italiana procedente mayormente de la isla de Elba, que puso música a la fiesta, y popularizó el uso de los grandes vinos italianos en la mesa navideña. Desde temprano, la hallaca andina empezó a diferenciarse de las otras, por emplear carne crudas picadas y aliñadas, y por la adición de garbanzos cocidos y tomates en el guiso, lo que aumentaba el tiempo de cocción final, necesitando varias horas de cocimiento para terminarlas. Al contrario de las otras hallacas, con guisos previamente cocidos, que requerían apenas una media hora para calentarlas.

Pensando ahora, desde la perspectiva de una experiencia de más de medio siglo de vivir en Mérida, descubro, tarde, muy tarde, que fui partícipe de una intrincada trama antropológica que no percibí entonces con mucha claridad. Que esa memoria merideña mía respondía a una apreciación particular que los antropólogos llaman una identidad reconocida, en la cual un grupo actúa adherido a una cultura que las engloba a todas. Conformando así una subcultura, que pudiéramos etiquetar como la de la “gente de la ULA”. Casi todos mis amigos merideños procedían de afuera de la ciudad. De tal manera, y me asombra reconocerlo, que esta ciudad se me antoja mucho más compleja de lo que pensó Picón Salas en su tiempo. Era como una republiquita, cuya gente iba a misa los domingos, jugaba fútbol y daba serenatas, que hablaba lenguas de cadencias musicales distintas, percibía sus ingresos mensuales del presupuesto de la ULA, a cambio de la prestación de una labor tesonera y digna, y de las numerosas remesas que recibían los estudiantes de muchas partes del país. La sumatoria de esos flujos monetarios movía la ciudad de muchos rostros, en que la cortesía era el pan de cada día. Mérida era la

“Ciudad de los Caballeros”, en la que convergían varias Mérida: la Mérida pobre, humilde, respetuosa, casi sumisa y sin voz, que servía al mantenimiento de los servicios de la ciudad y al abastecimiento alimentario de la ciudad. La Mérida de los campesinos, que bajaban del páramo con sus frutos y sus flores, y uno los encontraba en el pintoresco Mercado Principal del centro de la ciudad, hablando una lengua cortés poblada de “vusted”, “alas”, diminutivos y otras expresiones. A esos personajes pobres, de rostro cincelado por la crudeza de la brisa inclemente del páramo, les cantó con sentida emoción Mariano Picón Salas. El gran ensayista, el merideño más universal de los nuestros, le dedicó varias páginas cargadas de afecto en uno de sus libros de memorias. Destacaban también en la ciudad algunas familias merideñas que habían sobrevivido desde la colonia: eran dueños de grandes haciendas de caña y de café. Esas haciendas dieron paso a bellas urbanizaciones y avenidas de la ciudad que crecía rápidamente, y se extendía más allá de los límites de la larga meseta.

La Mérida que yo sentía más cercana, y en la que me desenvolvía en mis intercambios académicos y sociales cada día, era la ciudad de los estudiantes y de los profesores de la ULA que, como yo, provenían de muchas partes del país, que llegaron a la ciudad atraídos por su belleza, su relativo bajo costo de vida, el generoso clima y el gran prestigio que tenía una universidad más que bicentenaria. La gente de la ULA conformaba una especie de subcultura, que se interconectaba con los otros ámbitos de la vida ciudadana merideña.

Todos esos elementos de los que hablo, a los que se agregaban los turistas, atraídos por el Teleférico de Mérida, desde 1960, y los acogedores hoteles, la Plaza de Toros, la Feria, los estadios deportivos, componían la ciudad entrañable que todos terminamos construyendo con nuestras presencias y ausencias, anhelos, triunfos y fracasos, y que se convirtió en esa ciudad que tanto amamos, propios y extraños, en la que nos reconocemos, y que vive permanentemente en nuestra memoria, por lejos que estemos, y a la que hemos aprendido a querer con todos sus virtudes y defectos, como si fuera una amorosa madre ciudadana.

Esa ciudad, empero, ha cambiado mucho desde el tiempo que llevo conociéndola y viviéndola. De aquella amable aldea-ciudad-universidad a la que llegué, ya queda poca cosa. La ULA creció, se hizo grande y se llenó de estudiantes, facultades, profesores, y de mérito en unas pocas décadas. Esa institución, que era una especie de gran liceo en 1958 cuando llegó la democracia, siguió expandiéndose por fuera y por dentro, y se transformó en un polo notable de ciencia, arte y humanidades, donde confluyeron, con sus esfuerzos y sueños, el merideño ilustrado de “adentro” con el merideño ilustrado de “afuera”, es decir, de aquel que venía más allá de Lagunillas o de la Vuelta de Lola, como los tovarreños o los parameros. Ese era el nexo, no muy fuerte, pero era el nexo inicial, que luego fue ampliado y reforzado, en algunos casos por las alianzas matrimoniales y de afecto que se produjeron entre las dos sociedades, al calor del aporte enriquecedor de las culturas regionales que confluyeron en la ciudad. Sin olvidar el esfuerzo modernizador de la ciudad, promovido por el gobernador y alcalde de la ciudad, Dr. Jesús Rondón Nucete, y de la Universidad, encabezado por el rector Dr. Pedro Rincón Gutiérrez, tan cercano y accesible que la gente conocía como “Perucho”, pero al que el uso y distribución patriarcal del poder lo alejaba a veces de su esencia. Perucho fue el ariete que, en nombre de la universidad, con su proceder disruptivo, violentó las normas

de convivencia social de aquella sociedad conservadora y enclaustrada que fue en sus inicios seminaristas la Universidad de los Andes, y que estaba empezando a fracturar el molde de lo clerical y el ámbito críptico de las sociedades casi sectarias y que se regodeaban en el discurso. En el árbol añoso y de fuerte raíces, se desarrolló el injerto que abrió sus ramas nuevas a los asuntos de la ciencia y de las humanidades con ímpetu y celosa dedicación. Esa era la Mérida en la que yo estuve, en la que mi vida transcurrió. Una ciudad cambiante que era la sede de un cambio permanente en las ideas, estimulado por la llegada de profesores extranjeros, especialmente de las universidades del Cono Sur, que, arrojados por las dictaduras represoras, nos trajeron aires y rostros nuevos, como si estuviéramos viviendo dentro de los libros de Claude Lévi-Strauss, metidos en las cosas y en los conflictos relacionadas con el parentesco y la búsqueda de trascendencia de una cultura, transitada por la idea de una suerte de modernidad líquida, a lo Zygmunt Bauman.

A ese marco y a esa subcultura pertencí, atado por lazos tejidos por el espíritu. He vivido, pues, más de cincuenta años dentro de esa burbuja social, compartiendo con los nativos y “extranjeros” que hacen vida en Mérida. Allí tuve el privilegio de contar con amigos muy queridos. Algunos ya no están, se han muerto o han emigrado del país. Y otros, muchos otros, aún viven allí, guardianes de la casa amada, y me muero con las ganas de abrazarlos y conversar con ellos.

Mérida era para mí, y aún sigue siendo, la ciudad donde habitaba la calidez humana, donde estaban los amigos con los que compartía. La ciudad donde construí un espacio fértil para crecer en la amistad. Una ciudad imaginada e inolvidable, que contenía en su seno a una universidad entrañable y vivamente interesada por el mundo de las ideas. A ambas, ciudad y universidad, y a la gente que las habitaba, las quise y serví con toda la pasión que pude. Y su recuerdo va conmigo siempre, aún en los momentos más inesperados y en las cosas más sencillas.

La Mérida de ahora, maltratada, no dista mucho de aquella ciudad campechana y lenta de la que provino. Una ciudad retrotraída forzosamente a una existencia casi aldeana que pensábamos que ya había sido superada. Una ciudad donde aún doblan las campanas por lo que perdimos, desprovista de la eficiencia de sus servicios básicos y en la que parece haberse roto el mecanismo esencial que la animaba. Aunque todavía perdure, sin embargo, parte de su encanto original, de su paisaje y de la calidez de la gente generosa y solidaria de aquella aldea acogedora que había sido. La ciudad de ahora está agobiada por un interminable rosario de carencias en que la ha convertido el descuido, el desamor y la incompetencia de los gobernantes.

Hasta hace relativamente poco la gente disfrutaba de su ciudad, y nos encontrábamos en las calles, en los mercados, en las grandes panaderías, en los cafés o en las librerías para hablar con los amigos sobre las cosas más disparatadas o profundas, y la vida en familia de todos nosotros era más llevadera. Ese era el camino, nuestro camino, mientras nos acercábamos a Itaca.

Hasta que llegó la plaga devastadora de los nuevos caudillos. Un cruel e insensible Atila del siglo XXI que arrasa y empobrece todo lo que encuentra a su paso. Itaca se ha desfigurado y se empobreció el camino. Todo aquello que recordamos con alegría se ha desvanecido, no existe ya o se ha afeado. Y la ciudad, y su universidad, se han ido

transformado, deformándose, vaciándose, hasta convertirse en un lugar de presencias mustias, desfallecientes y tristes. Aunque sigue ahí algo de su belleza y coraje, y de su energía creadora que no muere, y la memoria agradecida sigue evocándola tal como era en sus mejores tiempos, siento al recordarla, ahora, con pesar, que hay en mí una parte que sufre por aquella Mérida que amo, y para lo cual no encuentro ningún bálsamo que logre calmar la inmensa tristeza que cargo por dentro.

Muchas gracias,